

## Medicina y terminología: maridaje natural

FERNANDO A. NAVARRO  
Médico y traductor



Quien se acerca por primera vez a un texto médico especializado suele verse sorprendido por la extraordinaria riqueza del vocabulario. Probablemente en ninguna otra modalidad de lenguaje especializado pueda uno encontrarse tantísimas palabras nuevas. En cada página, en cada párrafo, halla el profano un buen puñado de tecnicismos que incluso las personas cultas ignoran: anosmia, condroplasto, fenantreno, gliomatoso, fosforilcolina, hipocapnia, ileostomía, lipofuscina, morulación, onicotilomanía, opistótonos, plásmido, polimerasa, salpingoestafilino, tarsorrafia, tuberculide, xantoma y una miríada más. Se calcula, por ejemplo, que un estudiante de medicina debe aprender en promedio, y solamente durante su primer curso universitario, unos 5 000 términos nuevos, que serán 20 000 al finalizar la carrera, y muchos más conforme, una vez egresado de la universidad, vaya completando su formación como residente y comience a cobrar experiencia en el ejercicio profesional de su especialidad. No es de extrañar, pues, que los grandes diccionarios médicos superen con facilidad las 120 000 entradas. O que una obra como el *Index Nominum* editado por la Sociedad Farmacéutica Suiza, que en absoluto puede considerarse exhaustivo, recoja más de 60 000 nombres de medicamentos!

El lenguaje médico, pues, es asombrosamente rico en palabras. Pero palabras, además, especialmente raras y largas. Me entretengo en buscar los polisílabos más quilométricos recogidos en la vigesimosegunda edición (2001) del *Diccionario de la Real Academia Española* (RAE), y encuentro solo trece que tengan nueve sílabas o más, de los cuales nada menos que once proceden del ámbito medicobiológico:

anatomopatológico    electroencefalografista    magnetohidrodinámica  
desoxirribonucleótido    electroencefalógrafo    otorrinolaringología  
electroencefalografía    electroencefalograma    otorrinolaringólogo  
electroencefalográfico    esternocleidomastoideo

## Medicina y terminología: maridaje natural

Fernando A. Navarro

Y eso que, por tratarse de un diccionario general, no contempla la mayor parte de nuestros términos especializados, que pueden llegar a ser mucho más largos aún. Pienso, por ejemplo, en la molécula del ciclopentanoperhidrofenantreno, que es la base estructural de los esteroides; en el tratamiento antihipercolesterolemia para pacientes con riesgo coronario; en una esofagogastroduodenoscopia para el diagnóstico causal de la hemorragia digestiva alta; en enfermedades como la polioencefalomeningomielitis y técnicas quirúrgicas como la hepatocistoduodenotomía transparietoabdominal, o en el circuito neuronal corticopontocerebelorrubrolamocortical.

médicos contemporáneos sabrían usar cabalmente, o entenderían siquiera, tecnicismos antaño tan vigentes como *abreugrafía*, *azogado*, *chapetonada*, *hipiatria*, *láudano*, *perlesía*, *protomédico*, *salvarsán*, *sanies*, *sinapismo*, *tríaca* o *zaratán*? A veces, los términos se esfuman de nuestro lenguaje especializado, pero nos dejan primos suyos que siguen con nosotros mucho tiempo después; es el caso, por ejemplo, de voces extintas como *bubón*, *flogisto*, *nosocomio* y *pituíta*, que hoy no usa ningún médico, pero que perviven en expresiones emparentadas como *peste bubónica*, *antiflogísticos*, *infecciones nosocomiales* y *membrana pituitaria*.



Taula de dissecció de l'amfiteatre anatòmic de la Reial Acadèmia de Medicina de Catalunya

El lenguaje médico, pues, exuberante en palabras extrañas y largas donde las haya. Y palabras, además, que rara vez se están quietas. De modo constante, algunas caen en desuso, pierden el favor de los galenos y desaparecen o son reemplazadas por otras nuevas —ya inventadas aquí o tomadas de fuera— para designar nuevas realidades, nuevas técnicas o nuevas costumbres, en un proceso que es distinto para cada palabra.

Junto a términos que mantienen un vigor espléndido tras más de dos mil quinientos años de uso (y pienso, no sé, en voces como *arteria*, *asma*, *embrión*, *epiglotis*, *hemorroides*, *caquexia*, *coma*, *fármaco*, *nefritis*, *pronóstico*, *síndrome*, *tórax* y *trombo*, presentes ya en los tratados hipocráticos), otros desaparecen al cabo de un par de siglos, o entran y salen del lenguaje médico en el plazo fugaz de una misma generación, y son hoy meras curiosidades de verbófilo, que crían polvo en algún rincón perdido de las bibliotecas. ¿Cuántos

Otras veces los vocablos se mantienen vigentes, pero con un cambio considerable de su significado: iqué sentidos tan distintos ha ido adoptando la palabra *virus* en los dos últimos siglos! Y sin irnos tan lejos, qué cambios de significado han experimentado palabras tan modernas como *clon* y *fenotipo*: la primera designaba al principio el conjunto de plántulas procedentes de un mismo vegetal, mientras que hoy se aplica habitualmente al individuo obtenido a partir de una única célula somática adulta y, por lo tanto, genéticamente idéntico a ella; la segunda, *fenotipo*, designaba tradicionalmente el conjunto de rasgos y caracteres resultantes de la expresión del genotipo y de su interacción con el medio, mientras que muy recientemente ha pasado a utilizarse en la medicina estadounidense para designar el conjunto de caracteres que definen las variedades de una enfermedad, que hasta ahora habíamos venido llamando *forma clínica*.

Por otro lado, es indudable que en los últimos decenios hemos asistido a importantes progresos en relación con el diagnóstico, el tratamiento, la farmacogenética, las investigaciones genoproteómicas, la informática médica y las aplicaciones prácticas de la biología molecular. Como es lógico, el lenguaje especializado de la medicina evoluciona en consonancia, y cada año se acuñan neologismos médicos por millares. Alguna que otra vez, desde luego, surgidos aquí mismo, entre nosotros; es el caso de neologismos como *elático*, *tanatorio*, *infoxicación*, *vigorexia*, *megatarga* o, acuñado en el 2004 sobre el vasco *dardara* (temblor), el nombre *dardarina* que un grupo de científicos españoles dio a la proteína codificada por el gen mutante *PARK8*, asociado a una variedad de la enfermedad de Parkinson.

Neologismos acuñados aquí ocasionalmente, sí, pero de modo abrumador tomados de fuera e importados desde el inglés: *ageism*, *apoptosis*, *brainbow*, *chemonaive*, *cosmid*, *coxibs*, *excimer*, *gamification*, *gene chip*, *hashitoxicosis*, *incidentaloma*, *nutraceuticals*, *orthorexia*, *pangenome*, *pegylation*, *pharmaccine*, *plantibodies*, *point-of-care*, *resurfacing*, *theranostics*, *virtopsy*, *workaholism*..., los neologismos llegan a nuestro lenguaje especializado como un torrente desbordante, a un ritmo difícilmente imaginable para los ajenos al mundo biosanitario. En 1986, por ejemplo, en plena fiebre por la secuenciación del genoma humano, nació la *genómica*, tras cuya estela nos han llegado después, en apenas cinco lustros, la *proteómica*, la *transcriptómica*, la *ambientómica*, la *celulómica*, la *fenómica*, la *interactómica*, la *metabolómica*, la *microbiómica*, la *mitocondriómica*, la *plastidómica*, la *regulómica*, la *virómica* y así hasta imás de doscientos términos análogos! que registran ya los glosarios específicos ([http://omics.org/index.php/Alphabetically\\_ordered\\_list\\_of\\_omes\\_and\\_omics](http://omics.org/index.php/Alphabetically_ordered_list_of_omes_and_omics)).

Ante un panorama como el que acabo de esbozar, de un lenguaje médico con más de veinticinco siglos de historia a sus espaldas y un acerbo terminológico descomunal —del orden, calculo, del medio millón de unidades léxicas activas—, en perpetua transformación y renovación con cadencia acelerada, parece evidente que lenguas como las nuestras —de carácter secundario y dependiente— carecen de suficiente terminología técnica de referencia —y no digamos ya de terminología estructurada en forma de glosarios o diccionarios!— como para cubrir las necesidades del profesional sanitario, del periodista científico, del redactor o traductor especializado.

Si queremos que nuestros idiomas sigan siendo útiles como lenguas de cultura y nos permitan expresar el mundo que nos rodea, así como las hipótesis científicas que pretenden explicarlo, nos hacen falta muchos y buenos glosarios, bancos terminológicos de datos, diccionarios especializados, bases de conocimiento y otros instrumentos terminográficos exhaustivos, actualizados y aplicables. Nos hacen falta muchos médicos, científicos y profesionales del lenguaje biosanitario capaces de incorporar la perspectiva terminológica y las labores terminográficas a su tarea cotidiana, ya sea esta de carácter docente, investigador, asistencial o de comunicación y difusión del saber; nos hacen falta muchos terminólogos capaces de recopilar, describir y presentar el vocabulario médico, no aséptica y distanciadamente desde fuera, sino con la pasión y la penetración de quien siente y vive desde dentro los entresijos del arte y la ciencia médicas. *Ens fan falta molts erudits apassionats que segueixin la senda per la qual va transitar l'enyorat Oriol Casassas.* ✿